

Pierre  
Bourdieu

Intelectuales,  
política y poder

*Arriaga*  
A B R M / 2000

FOTOCOPIADORA  
C.E.Psi  
Institucional...  
Folio 74 SF 1  
DF 2

  
Tróika

## “No hay democracia efectiva sin verdadero contra-poder crítico”\*

— **U**n número reciente de la revista que usted dirige, ha tomado por tema el sufrimiento.<sup>1</sup> Uno encuentra allí varias entrevistas realizadas a quienes los medios de comunicación no dan la palabra: jóvenes de barrios marginales, pequeños agricultores, trabajadores sociales. El director de un colegio en dificultades expresa, por ejemplo, su amargura personal: en lugar de velar por la transmisión de los conocimientos, se ha convertido, a pesar suyo, en el policía de una suerte de comisaría. ¿Usted piensa que tales testimonios individuales y anecdóticos pueden permitir comprender un malestar colectivo?

Pierre Bourdieu: En la investigación que llevamos a cabo sobre el sufrimiento social, encontramos mucha gente, como ese director de colegio, que está como atravesada por las contradicciones del mundo social, vividas bajo la forma de dramas personales. Podría citar también a ese jefe de proyecto, encargado de coordinar todas las acciones sociales en un “suburbio difícil” de una pequeña ciudad del norte de Francia. Está confrontado a contradicciones que son el límite extremo de las que padecen todos aquellos que llamamos los “trabajadores sociales”: asistentes sociales, educadores, magistrados de base y también, cada vez más, profesores y maestros.

\* “Il n’y a pas de démocratie effective sans vrai contre-pouvoir critique”, entrevista realizada por Roger-Pol Droit y Thomas Ferenczi, *Les grands entretiens du monde*, 1993, pp. 87-89.

1. *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 90, diciembre de 1991, 104 pp.

Ellos constituyen lo que yo denomino la mano izquierda del Estado, el conjunto de los agentes de los ministerios llamados dispendiosos, que guardan la huella, en el seno del Estado, de las luchas sociales del pasado. Se oponen al Estado de la mano derecha, a los tecnócratas del ministerio de finanzas; de los bancos públicos o privados y de los gabinetes ministeriales. Muchos de los movimientos sociales a los cuales asistimos (y asistiremos) expresan la revuelta de la pequeña nobleza de Estado contra la gran nobleza de Estado.

— ¿Cómo explica usted esta exasperación, estas formas de desesperación y estas revueltas?

P.B.: Pienso que la mano izquierda del Estado tiene el sentimiento de que la mano derecha no sabe más, o peor, no quiere saber más, verdaderamente, lo que hace la mano izquierda. En todo caso, no quiere pagar el precio de ello. Una de las mayores razones de la desesperanza de toda esta gente se debe al hecho de que el Estado se ha retirado, o está retirándose, de un cierto número de sectores de la vida social que le incumbían y que tenía a cargo: la vivienda pública, la televisión y la radio públicas, la escuela pública, los hospitales públicos, etc., conducta tanto más sorprendente o escandalosa, al menos para algunos de ellos, cuanto que se trata de un Estado socialista, del cual se podría esperar —al menos— que actúe como garante del servicio público como servicio abierto y ofrecido a todos, sin distinción... Allí donde uno cree que existe una crisis de lo político, un antiparlamentarismo, se descubre en realidad una desesperanza respecto al Estado como responsable del interés público.

Que los socialistas no hayan sido tan socialistas como ellos lo pretendían no ofuscaría a nadie: los tiempos son duros y el margen de maniobra no es grande. Pero lo que puede sorprender es que hayan podido contribuir, a tal punto, al abatimiento de la cosa pública: en primer lugar, en los hechos, por toda suerte de medidas o de políticas (no nombraré sino los medios de comunicación) que apuntan a la liquidación de las adquisiciones del *Welfare state*, y sobre todo, quizás, en el discurso público, con el elogio de la empresa privada (como si el espíritu de empresa no tuviera otro terreno que la empresa), el estímulo al interés privado. Todo esto tiene algo de sorprendente, sobre todo para aquellos a quienes se envía, en primera línea, a desempeñar las funciones llamadas “sociales” y suplir las insuficiencias más intolerables de la lógica del mercado, sin darles los medios para cumplir verdaderamente su misión. ¿Cómo no tendrían el sentimiento de estar constantemente indecisos o desautorizados?

Habría debido comprenderse, desde hace tiempo, que su revuelta se entiende mucho más allá de las cuestiones de salario, incluso si el salario concedido es un índice sin equívoco del valor otorgado al trabajo y a los trabajadores correspondientes, y que el desprecio por una función se revela en primer lugar por la remuneración más o menos irrisoria que le es acordada.

— ¿Usted cree que el margen de maniobra de los dirigentes políticos sea tan restringido?

P.B.: Hoy no hay nadie que no haya comprendido que este margen es mucho más reducido que el que los partidos quieren hacer creer. Pero queda al menos un dominio en el que los gobernantes tienen toda libertad: el de lo simbólico. La ejemplaridad de la conducta debería imponerse a todo el personal del Estado, sobre todo cuando invoca una tradición de devoción a los intereses de los más desposeídos. ¿Cómo no dudar cuando se ven no solamente los ejemplos de corrupción (a veces casi oficiales, con las primas de ciertos altos funcionarios) o de traición al servicio público (el término es, sin duda, muy fuerte: pienso en el *pantouflage*)<sup>2</sup> y todas las formas de desvío —con fines privados— de bienes, de beneficios y de servicios públicos: nepotismo, favoritismo (nuestros dirigentes tienen muchos “amigos personales”...), clientelismo?

¡Y ni hablar de beneficios simbólicos! Sin duda, la televisión ha contribuido mucho más que los sobornos a la degradación de la virtud civil. Ha llamado e incitado al frente de la escena política e intelectual a personajes “presumidos”, atentos —antes que nada— a hacerse ver y a hacerse valer, en contradicción total con los valores de devoción humilde por el interés colectivo que hacían el funcionario o el militante. La misma preocupación egoísta de hacerse valer (frecuentemente a costa de rivales) explica que las “declaraciones efectistas” se hayan vuelto una práctica tan común.

Para muchos ministros parece que una medida no vale sino cuando puede ser anunciada y se considera como realizada desde que ha sido hecha pública. En resumen, la gran corrupción cuyo develamiento escandaliza —porque revela el desfasaje entre las virtudes profesadas y las prácticas reales—, no es sino el límite de todas las pequeñas “debilidades” ordinarias, ostentación de lujo, aceptación apresurada de los privilegios materiales o simbólicos.

— Frente a la situación que usted descubre, ¿cuál es, a sus ojos, la reacción de los ciudadanos?

2. Término que se refiere al hecho de dejar el servicio del Estado para trabajar en el sector privado, pagando, si es preciso, una indemnización (N. Del T.).

P.B.: Leía recientemente un artículo de un autor alemán sobre el Antiguo Egipto. Muestra cómo, en una época de crisis de confianza hacia el Estado y el bien público, se veían florecer dos cosas: entre los dirigentes, la corrupción, correlativa de la decadencia del respeto por la cosa pública y, entre los dominados, la religiosidad personal asociada a la desesperanza en lo que concierne a los recursos temporales. Del mismo modo, se tiene el sentimiento hoy de que el ciudadano, sintiéndose lanzado al exterior del Estado (quien, en el fondo, no le pide nada fuera de contribuciones materiales obligatorias, y sobre todo nada de devoción, de entusiasmo), rechaza al Estado, tratándolo como una potencia extraña a la que utiliza de la manera más ventajosa.

– Usted habla de la gran libertad de los gobernantes en el dominio simbólico. Ello no concierne sólo a las conductas dadas como ejemplo. Se trata también de palabras, de ideales movilizadores. ¿De dónde viene, en este punto, la deficiencia actual?

P.B.: Se ha hablado mucho del silencio de los intelectuales. Lo que me sorprende es el silencio de los políticos. Están formidablemente escasos de ideales movilizadores. Sin duda, porque la profesionalización de la política y las condiciones exigidas a los que quieren hacer carrera en los partidos excluyen cada vez más a las personalidades inspiradas. Sin duda, también, porque la definición de la actividad política ha cambiado con la llegada de un personal que ha aprendido en las escuelas (de ciencias políticas) que, para dar la impresión de serio o simplemente para evitar parecer mediocre o antiguo, es mejor hablar de gestión que de autogestión y que es necesario, en todo caso, darse las apariencias (es decir, el lenguaje) de la racionalidad económica.

Encerrados en el economicismo estrecho y corto de vista de la visión-del-mundo-FMI, que también hace (y hará) estragos en la relación Norte-Sur, todos esos semi-hábiles en materia de economía omiten, evidentemente, tomar en cuenta los costos reales —a corto y, sobre todo, a largo plazo—, de la miseria material y moral que es la única consecuencia cierta de la *realpolitik* económicamente legitimada: delincuencia, criminalidad, alcoholismo, accidentes de ruta, etc. Aquí, otra vez, la mano derecha, obsesionada por la cuestión de los equilibrios financieros, ignora lo que hace la mano izquierda, confrontada a las consecuencias sociales frecuentemente muy costosas de las “economías presupuestarias”.

– Los valores sobre los cuales estaban fundados los actos y las contribuciones del Estado ¿no son más creíbles?

P.B.: Están desacreditados más frecuentemente por aquellos mismos que son sus guardianes. El Congreso de Rennes y la ley de amnistía han hecho más por el descrédito de los socialistas que diez años de campaña antisocialista. Y un militante “quebrado” (en todos los sentidos del término) hace más daño que diez adversarios. Pero diez años de poder socialista han acabado con la demolición de la creencia en el Estado y con la destrucción del Estado de providencia emprendida en los años '70 en nombre del liberalismo.

Pienso en particular en la política de vivienda. Tenía como fin declarado arrancar a la pequeña burguesía del hábitat colectivo (y de ese modo del “colectivismo”) y ligarla a la propiedad privada de su chalet individual o de su departamento en copropiedad. Esta política tiene en ello un sentido muy acertado. Su resultado ilustra lo que yo decía rápidamente sobre los costos sociales de ciertas economías. Pues ella es, sin duda, la mayor causa de segregación espacial y, desde este punto de vista, de los problemas llamados de los “suburbios”.

– Si se quiere definir un ideal, ese sería, pues, el retorno al sentido del Estado, de la cosa pública. Usted no comparte la opinión de todo el mundo...

P.B.: La opinión de todo el mundo ¿es la opinión de quién? De la gente que escribe en los periódicos, de los intelectuales que predicán la “reducción del Estado” y que entierran un poco rápido lo público y el interés del público por lo público... Uno tiene allí un ejemplo típico de este efecto de creencia compartida que lleva a poner de entrada fuera de discusión tesis completamente discutibles. Sería necesario analizar el trabajo colectivo de los “nuevos intelectuales”, que ha creado un clima favorable al retraimiento del Estado y, más ampliamente, a la sumisión a los valores de la economía.

Pienso en lo que se ha llamado el “retorno del individualismo”, suerte de profecía autorrealizante que tiende a destruir los fundamentos filosóficos del *Welfare state* y, en particular, la noción de responsabilidad colectiva (en el accidente de trabajo, la enfermedad o la miseria), esta conquista fundamental del pensamiento social (y sociológico). El retorno al individuo es también el retorno a la responsabilidad individual (se puede culpar a la víctima) y a la acción individual (se puede predicar el *self help*), todo esto al abrigo de la necesidad incansablemente repetida de disminuir las cargas de la empresa.

La reacción de pánico retrospectivo que ha determinado la crisis del '68, revolución simbólica que sacudió a todos los pequeños portadores de capital cultural, ha creado (con el refuerzo del derrumbamiento —inesperado!— de los regímenes de tipo soviético) las condiciones favorables a la restauración cultural, según la cual el “pensamiento Ciencias-Políticas” ha

reemplazado al "pensamiento Mao". El mundo intelectual es hoy el lugar de una lucha que apunta a producir y a imponer "nuevos intelectuales", por lo tanto, una nueva definición del intelectual y de su rol político, de la filosofía y del filósofo, en adelante comprometidos en los vagos debates "neo-aronianos" de una filosofía política sin tecnicidad, de una ciencia social reducida a una politología de velada electoral y a un comentario sin vigilancia de sondeos comerciales sin método. Platón tenía un término magnífico para toda esta gente, el de *doxósofo*: ese "técnico-de-opinión-que-se-cree-sabio" (traduzco el doble sentido del término) plantea los problemas de la política en los términos en que se los plantean los hombres de negocios, los hombres políticos y los periodistas políticos (es decir, exactamente los que pueden pagarse sondeos...).

— Usted acaba de mencionar a Platón. ¿La actitud del sociólogo se acerca a la del filósofo?

P.B.: La sociología se opone al doxósofo, como el filósofo, en que pone en cuestión las evidencias y sobre todo las que se presentan bajo la forma de preguntas, las suyas tanto como las de los otros. Es lo que choca profundamente al doxósofo, que ve un prejuicio político en el hecho de rechazar la sumisión profundamente política que implica la aceptación inconsciente de los lugares comunes, en el sentido de Aristóteles: nociones o tesis *con* las cuales se argumenta, pero *sobre* las cuales no se argumenta.

— ¿No tiende usted, en un sentido, a poner al sociólogo en un lugar de filósofo-rey, único que sabe donde están los verdaderos problemas?

P.B.: Lo que defiende antes que nada, es la posibilidad y la necesidad del intelectual crítico, y crítico en primer lugar, de la *doxa* intelectual que ejercen los doxósofos. No hay democracia efectiva sin verdadero contra-poder crítico. El intelectual es uno de ellos, y de primera magnitud. Por esta razón, considero que el trabajo de demolición del intelectual crítico, muerto o viviente —Marx, Nietzsche, Sartre, Foucault y algunos otros que se clasifican en bloque bajo la etiqueta "pensamiento del '68"— es tan peligroso como la demolición de la cosa pública, y que se inscribe en la misma empresa global de restauración.

Me gustaría más, evidentemente, que los intelectuales, todos y siempre, hubieran estado a la altura de la inmensa responsabilidad histórica que les incumbe y que hubieran comprometido siempre en sus acciones no solamente su autoridad moral, sino también su competencia intelectual —a la manera, para no dar sino un ejemplo, de un Pierre Vidal-Naquet, que invierte todo su dominio del método histórico en una crítica de los usos abusivos

de la historia.<sup>3</sup> Dicho esto, para citar a Karl Kraus, "entre dos males, rechazo elegir el menor". Si casi no tengo indulgencia para los intelectuales "irresponsables", me gustan todavía menos esos responsables "intelectuales" polígrafos, polimorfos, que ponen su entrega anual entre dos consejos de administración, tres cócteles de prensa y algunas apariciones en la televisión.

— Ahora, ¿qué rol desearía usted para los intelectuales, especialmente en la construcción de Europa?

P.B.: Deseo que los escritores, los artistas, los filósofos y los científicos puedan hacerse entender directamente en todos los dominios de la vida pública en los que son competentes. Creo que todo el mundo tendría mucho que ganar si la lógica de la vida intelectual, la de la argumentación y refutación, se extendiera a la vida pública. Hoy, es la lógica de la política, la de la denuncia y de la difamación, de la "eslogización" y de la falsificación del pensamiento del adversario, la que se extiende frecuentemente en la vida intelectual. Sería bueno que los "creadores" pudieran cumplir su función de servicio público y, de vez en cuando, de salvación pública.

Pasar a la escala de Europa, es solamente elevarse a un grado de universalización superior, marcar una etapa sobre el camino del Estado universal que, incluso en las cosas intelectuales, está lejos de ser realizado. No se habría ganado gran cosa si el europeocentrismo viniera a sustituir los nacionalismos heridos de las antiguas naciones imperiales. En el momento en que las grandes utopías del siglo diecinueve han entregado toda su perversión, es urgente crear las condiciones de un trabajo colectivo de reconstrucción de un universo de ideales realistas, capaces de movilizar las voluntades sin mistificar las conciencias.

3. Ver especialmente *Les Juifs, la Mémoire et le Présent*, tomo I, Máspero, 1981; tomo II, La Découverte, 1991.